

Salomón no ejerció influencia en la historia de la teología ni del sentimiento religioso de Israel, pero sin embargo señala un momento decisivo en la historia religiosa. Dio una casa a Jehová. Salomón, igual que su padre, consideraba a Jehová dios protector de Israel, le honraba en todos los lugares consagrados, le hacía ofrendas en los lugares altos, y quemaba incienso en su honor. Continuó también la ligera tendencia razonable que David llevó al jehovahismo. Jamás consultó a Jehová por el *urim* y el *tummim*, ni por los profetas. No daba significación más que a los sueños. Los sacerdotes fueron simples funcionarios del rey.

El arca continuaba junto al palacio real en una situación provisional. La tienda que la albergaba se convertía cada vez más en santuario palatino donde residía la fuerza principal de la realeza. Salomón ofrecía en ella grandes sacrificios, a los que asistían los oficiales de la casa, que celebraban alrededor del altar suntuosos banquetes. Era como una especie de religión cortesana, de la cual, al parecer, participaba poco el pueblo. Para esto habría sido necesario forzar las consignas palaciegas, cosa que siempre fue muy difícil para el pueblo. La política de la dinastía había de explotar, para favorecer sus tendencias centralizadoras, este paladión a cuya sombra había nacido.

La edificación del templo, decidida, al parecer, en tiempo de David, fue la obra capital de Salomón. En el año 1000 antes de J.C. tendía el mundo a cubrirse de templos. La idea de dar a Jehová habitación distinta de la tienda, sobre todo cuando el rey vivía en una gran casa de piedra, se imponía en cierto modo. Los tirios por su parte imitaban los templos de Egipto.

Para la edificación escogió Salomón el área de la *Arevna* o *Averna*, que tenía ya un altar de Jehová, erigido, como hemos indicado, con motivo de exhalaciones pestilentes que se suponían salidas de este lugar. El edificio, en forma de rectángulo, cubría el espacio actual de la mezquita de Omar, y tenía la entrada por la parte de Oriente.

Los trabajos de los arquitectos modernos para reconstruir el templo de Jerusalén, con arreglo a datos de los libros históricos, han fracasado y fracasarán siempre. Aquellas descripciones hechas de memoria por narradores ajenos a toda noción arquitectónica, están llenas de imposibilidades y contradicciones. En cambio el aspecto general del templo nos lo muestran con certidumbre. Era un templo egipcio, de dimensiones medias, con un vestíbulo. En éste había dos grandes columnas de bronce semejantes a las del *Rameseum* de Tebas, con capitel enrejado, formado por lotos y granadas. Se les dio los nombres de *Iakin* y *Boaz*. Eran huecas, pero como el espesor del metal tenía cuatro dedos, sostenían sólidamente el arquitebe.

La gran puerta estaba encuadrada por dinteles de madera de olivo salvaje: las hojas eran de ciprés. Un pequeño postigo permitía entrar sin necesidad de abrirla. Las maderas talladas estaban cubiertas de querubes, palmas y corolas de loto. Los dibujos eran dorados. La cella (*hékal*)

sólo estaba iluminada por pequeñas ventanas enrejadas en lo alto del edificio. En el fondo había un pequeño santuario (*debir*) llamado más tarde «Santo de los santos». El techo era de vigas de cedro recubiertas de planchas de la misma madera. El suelo, de ciprés con filamentos de oro. Los muros tenían tallas desde el suelo al techo, con querubes, palmas y flores de loto. Estos adornos estaban cubiertos de un dorado de diferentes tonos.

Seguramente el templo permanecía en la oscuridad porque Jehová amaba la sombra, el misterio, en oposición al aire libre de los altos lugares donde antes se celebraban los sacrificios.

Lo que el *debir* debía guardar era el arca. Este cofre viejo había tenido indudablemente varias restauraciones, e incluso es muy probable que sufriera otra en tiempos de Salomón. Los querubes que la adornaban debieron parecer mezquinos. Se añadió al *debir* un decorado espléndido. Dos otros querubes enormes de madera dorada, que llenaban casi esta parte del templo, estaban inclinados junto al arca.

Junto al *debir* había un altar de cedro revestido de oro, que se destinaba a las fumigaciones de incienso. Sobre una mesa dorada estaban los panes de presentación que eran renovados cada semana. A lo largo de las paredes del templo se elevaban diez candelabros de siete brazos de oro puro: cinco a cada lado. Eran bellas obras de orfebrería, sosteniendo en las extremidades de sus brazos siete cacitos en forma de cáliz de flor. Pequeñas moscas de oro pendían de cadenas.

Exteriormente había tres filas de habitaciones para contemplar desde ella los sacrificios que se ofrecían.

Este conjunto estaba rodeado de un patio largo reservado a los sacerdotes. Más adelante se levantó otro patio para los fieles y un segundo pórtico exterior. Así era este pequeño edificio que ha desempeñado en la Historia un papel tan extraordinario.

Se tardó siete años en construir el famoso templo, que más bien fue un juguete para el soberano, que una creación nacional. No hay noticia de un solo momento de entusiasmo de las masas, de un acto espontáneo, de un indicio de verdadera piedad. El rey trabajaba por su dinastía; la multitud callaba indiferente. El antiguo culto libre de los altos lugares, siguió siendo preferido por la mayoría del país.

Numerosas veces el pueblo judío se entusiasmó por cosas que primeramente le fueron impuestas. El templo fue una idea personal de Salomón, completamente política, cuya consecuencia había de ser que dependieran del poder real el arca y su oráculo. Desde el punto de vista puramente israelita, el templo tenía que considerarse una decadencia. Aquella localización de la gloria de Jehová correspondía tan poco al verdadero desarrollo de Israel, que, apenas terminado el templo, veremos separarse de él a las partes más vivas de la nación, demostrando con su cisma que esta construcción en nada pertenecía a la esencia del jehovahismo. Los profetas, los verdaderos profetas de Jehová, no lo veían con buenos ojos. El desarrollo religioso del profetismo en Israel y en Judá se realizó fuera del templo, hasta que el profetismo se apoderó de él trans-

formándolo en su fortaleza. Posteriormente, Jesús, el gran resumen viviente de Israel, detestará el templo, querrá demolerlo, se declarará incapaz de reedificarlo espiritual. La destrucción del templo por los romanos será la condición del progreso religioso general, y particularmente del triunfo del cristianismo. Todos los abusos del judaísmo procederán del templo y de su personal. Ni un profeta ni un gran hombre saldrán de la casta levítica. La última palabra de Israel será proclamar una religión sin templo.

Evidentemente esta construcción de un arte mundano, al ser consagrada por el paso del tiempo, tendrá su poesía, sus devotos y sus fanáticos, pero sufrirá muchas vergüenzas antes de que sus mancillas se deshagan en una aureola de santidad. El auténtico jehovahista, al contemplar el templo, adornado interiormente como un serrallo, dirá para sí: «¡Más valía el altar de piedras toscas al aire libre!»